

UNIVERSIDAD CENTRAL

BOLETIN
DE LA
BIBLIOTECA



3

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

SEGUNDA EPOCA

DIRECTOR:

HUGO ALEMAN

PERSONAL DE EMPLEADOS DE LA BIBLIOTECA:

Director titular: Sr. ALFREDO CHAVES
(Ausente en los EE. UU.)

Director interino: Sr. Hugo Alemán

Jefe de Canjes: Sr. Juan Manuel Yépez

Ayudantes: Sra. Angelina Viteri de Jerves
ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL
Srta. Blanca Silva
Srta. Flora Rivadeneira.

EL SUPLEMENTO LITERARIO DE "ANALES"

Con acierto indudable, y en el afanoso empeño de que "ANALES" —Revista de la Universidad Central— dentro de la amplitud que clarifica su labor científica y cultural, abarque también las manifestaciones de la vida artística, Alfredo Chaves estableció esta sección, a la que denominó SUPLEMENTO DE LITERATURA.

En este número publicamos el último libro de uno de los más jóvenes y aquilatados exponentes de nuestra lírica contemporánea. Creemos que así contribuimos también a la difusión de la cultura ecuatoriana.

Presentamos, pues, una pequeña colección de versos, a la que su autor, el poeta Alejandro Carrión, ha nominado con este sugestivo título: "POESIA DE LA SOLEDAD Y EL DESEO".

Sentido del amor humano en la poesía de Alejandro Carrión

Sin riesgo de equivocarnos, podemos afirmar que Jorge Carrera Andrade —nombre de vasta resonancia, sólidamente enraizado al movimiento literario universal— y Alejandro Carrión —uno de los más bien configurados temperamentos líricos del Ecuador de hoy— son más conocidos y admirados, estudiados y comprendidos en otras latitudes, que en su propio país.

Y no queremos citar a otros poetas, cuyo prestigio rebasó los límites del territorio patrio, para esparcirse por el mundo, como Gonzalo Escudero, Augusto Sacotto, Jorge Reyes y tantos más, porque a esta hora algunos han callado definitivamente o preparan en silencio nuevos mensajes de su vivencia artística. Y más que todo, porque los versos de Carrera Andrade y de Carrión, con específico interés, han sido exaltados por la crítica de toda América y trasladados a otros idiomas.

Y esto es ya bastante significativo. En efecto. Numerosos son los juicios y las apreciaciones que acerca de su categoría intelectual, han emitido los más altos vigías del pensamiento moderno.

En medios que nosotros, erróneamente, consideramos, si no adversos, por lo menos poco propicios para las cordiales manifestaciones del espíritu, como los Estados Unidos, se han vertido opiniones que remarcán el valor de estos dos elevados y animosos cultores de la poesía de los nuevos tiempos, dentro de las veraces y abundantes voces líricas de nuestra América. Por esto, a no dudarlo, han sido traducidos al inglés algunos de sus mejores poemas. Y aventados a la más ancha circulación, en ediciones verdaderamente grandes en número y en calidad.

La obra literaria de Carrión, en opinión de algunos de sus comentadores, comprende dos aspectos, que quieren ser diferenciados y ubicados en dos distintas etapas de su presencia poética: la primera, a la que se le atribuye un matiz social evidente. La poesía considerada como la de su iniciación literaria. Hinchada de fermento revolucionario. Y la otra, la del humano amor. La del hondo y casi jubiloso sentido de la bondad. La de una nueva visión del panorama terrestre, a través de una diáfana dimensión de la ternura. A la que se pretende —hasta cierto punto— hacerla incompatible, cuando no antagónica, con aquella.

A nuestro juicio, esta última característica —la del amor y la ternura— ha existido siempre y con acentuada espontaneidad en Carrión. Bien pudiera decirse que, acaso, estos sentimientos, fundidos en uno solo, le llevaron a realizar una poesía de contenido humano.

La contemplación del mundo tal como es, tal como tiene que ser justipreciado por los hombres de buena

voluntad, no puede operar sino una reacción favorable al suspirado advenimiento de la justicia. Reacción más crecida, más desarrollada en los espíritus que acusan una dosis mayor de sensibilidad. Porque, "es tarea del artista, es deber del artista, ver lo que surge, escuchar la música del viento". Y bien sabemos todos que el viento —por nuestros campos y ciudades— no siempre suena melodiosamente...

La poesía de Carrión, ni en su amanecer más exaltado, insurgió violenta, enfurecidamente. Ni levantó sus ecos con estruendo de catarata. Ni lanzó gritos inverecundos y detonantes. Se ha limitado, con voz serena y perceptible, con suave acento de amargura —la amargura del hombre que quisiera residir en un mundo más comprensivo y menos hosco— a esbozar cuadros, a plasmar escenas, a diluir los colores de su íntimo, de su sincero anhelar, sobre los horizontes de la vida. De la vida tal como es: desequilibrada y contradictoria.

En un libro que aún permanece inédito —"Presencia del Pasado"— al trazar la semblanza de Jorge Carrera Andrade y hacer un breve análisis de su tránsito humano y de su progresión lírica, decíamos que es un poeta de originalidad bien roturada. Y que había penetrado audazmente en el terreno social. Así es en realidad. Pero su poesía actual está depurada de toda algarabía. Es una poesía pletórica de imágenes. Reveladora de inmensos recursos metafóricos. Tan distante de sus primeras entonaciones de insurrección.

Esta opinión —que ha permanecido largo tiempo silenciosa— hemos visto después que ha coincidido con la de algunos críticos que se han detenido en la consideración de su obra literaria. Y, no obstante esta confluencia de opiniones similares, no se podría sostener, ahora, que Carrera Andrade es un poeta revolucionario.

Lo que sí ocurre es que ningún escritor que mire sin vulgares prejuicios, ni premeditados intereses la contextura del mundo y su realidad lívida y transparente. Ningún señor dueño de un espíritu ligeramente inquieto, para decir lo menos, puede sustraerse a la visión global y al examen escuento de los errores que gravitan sobre la existencia del hombre. Y esta visión que deja de ser utópica, para tornarse una cosa objetiva, táctil, más aún, un hecho real y bárbaramente

triste, conduce, con avasalladora impetuosidad, en ciertas ocasiones, a la interpretación lóbrega del destino de la humanidad carcomida por la injusticia.

Esta hora de honda y expectante preocupación por ensanchar razonablemente los límites del bienestar común, está sonando con inequívocos sones de alarma en el medroso interior de muchos afortunados mortales.

Alejandro Carrión pertenece al número de los intelectuales que no desdeñan la contemplación de las seculares cicatrices, menos aún de las llagas palpitantes del dolor humano. El se detiene a remirar, con indeclinable interés, con cierta persistencia espiritual, la tragedia del hombre. Del hombre humilde. Del laborioso campesino. Del trabajador irredento. Emulo —en un destino físico y fatal— del resignado "hermano asno". . . .

De la observación de esas patéticas películas de sombras —no aptas para el mercado bursátil y habitual— nacieron sus poemas de sustancia y color palpablemente reales.

Acaso, ilusamente, ha pensado alguna vez que su poesía, enfocada hacia el oriente del drama social de todos los tiempos, podría contribuir a despertar la fría y dura conciencia de los poderosos de la tierra, a "hacer las cosas de nuevo. Edificar de manera tal que todo sea nuevo, que nuestra vida falsa, baja, sórdida, brutal, se convierta en justa, pura, brillante y bella".

Desde otro punto de vista, que converge exactamente a su línea poética y que, expresándonos mejor, no es otro punto de vista, sino el mismo que hemos observado ya, Carrión deja que su cristiana conformación espiritual —que no ha entendido jamás las usuales ficciones de la virtud— le lleve por el camino de la dulzura. Por la avenida tibia de sol, clara de armonías y saturada de la esencia del divino amor humano. Pero no de un amor egoísta, limitado, minúsculo. Sino de un sentimiento poderoso, grande, libre. Sublime, en el voluptuoso deseo de cooperar a la felicidad de los mortales. Dignos de merecerla, desde luego.

Tiene en el alma, en el corazón y en la palabra, que lo interpretan fielmente, un estremecimiento, un latido y una resonancia que, por sí solos, constituyen un inagotable surtidor de emociones.

Sin alaridos huecos, ni gesticulaciones dramáticas, con un espontáneo ritmo de "buen corazón"—como reza el qdagio popular— y con una tenue sonrisa de inconformidad, deja que sus versos fluyan fácilmente. Melancólicamente, algunas veces. Como notas que se elevan, en espirales de arcoiris, a prenderse definitivamente en el eterno amanecer de la esperanza

Y ponemos aquí puntos suspensivos a esta nota liminar. No nos sentimos dueños de la oportunidad, del espacio ni del tiempo requeridos para emprender en una más dilatada mensura de la vigorosa personalidad lírica de CarrIÓN, a través del hermoso y sugerente libro que ofrecemos.

Dejamos, más bien, expedito el trayecto del lector por los caminos amables de la Soledad y el Deseo

H. A.



POESIA DE LA SOLEDAD Y EL DESEO

ALEJANDRO CARRION O EL DESTINO DE SU INTIMA LUZ

Sueñe quien quiera soñar.

Goethe, FAUSTO.

ESTIRPE O LA
ANTIGUA LUZ

Anchuras las venas para el ancho
Canto de gallo de naciente sangre.
Y la semilla castellana canto
De su sangre y la copa de olivo de su sangre.
Porque su pulso, porque su pupila
De una dalia de paz,
De la pulida
Dorada piedra de una lira vienen.
Antigua lira donde un agua tierna,
Nocturna, clamorosa,
Cabellos reflejaba y clavellinas.